

CAPÍTULO XX

Sale Cortés de Cempoala para Chiahuitzla.—Posicion ventajosa y fuerte de esta ciudad.—Recepcion hecha á los españoles.—Conferencia de Cortés con los caciques totonacos.—Llegada de los recaudadores de Moctezuma á la ciudad.—Sensacion que causa en el pueblo.—Los recaudadores de Moctezuma piden á los totonacos veinte indios de ambos sexos para sacrificarlos.—Cortés aconseja á los caciques que no den las victimas y que reduzcan á prision á los empleados de Moctezuma.—Se ejecuta la orden y tratan de sacrificarlos.—Cortés les pone secretamente en libertad y les conduce en un bote á sitio seguro.—Moctezuma, agradecido, envia á Cortés un regalo.—Alianza del pueblo totonaco con los españoles.—Juran obediencia al rey de España.—Fundacion de la Villa-Rica de la Veracruz.

Solamente un dia permaneci6 Cortés en Cempoala. Antes de partir, se despidió afablemente del cacique, y de vuelta al edificio en que se hallaba la tropa, dispuso el 6rden en que se habia de marchar.

En aquellos momentos se presentaron cuatrocientos indios de carga, llamados *tamemes*, enviados por el cacique para transportar todos los objetos pertenecientes á los es-

pañoles. Los soldados, que hasta entonces habian caminado cargándolo todo, se llenaron de regocijo al ver que solo tenian que soportar el peso de sus armas. Cortés se admiró de aquella atencion del jefe totonaco, y Marina le hizo saber que era costumbre entre aquellas naciones el proveer, generosamente y sin retribucion de ningun género, de indios de carga á las personas de alta distincion que les visitaban, puesto que no existian ni caballos ni otro animal á propósito para conducir los efectos.

La marcha se emprendió con las mismas precauciones que si se caminase por países enemigos. Nunca Hernan Cortés descuidó la vigilancia, que es el primer deber de un entendido militar.

El pueblo de *Chiahuitzla* á donde se dirigian los expedicionarios, distaba cuatro leguas de la ciudad de Cempoala. Su posicion era fuerte y pintoresca. Se levantaba airoso sobre la cima de un fragoso monte de difícil acceso y lleno de precipicios, dominando la llanura y el golfo, como un castillo feudal, desde donde el centinela defendia las posesiones de su señor.

Los indios de carga, cuyas jornadas eran de cuatro á cinco leguas diarias, y el peso que cada uno conducía no debia exceder jamás de cincuenta libras, seguian al ejército español contentos y con notable soltura. La belleza y fertilidad de la campiña que se interponia entre ambas poblaciones, no eran menos cautivadoras que la risueña y feraz que al dirigirse á Cempoala despertó en los españoles los recuerdos de los deliciosos campos de Andalucía.

Las tropas hicieron alto en un pueblecito situado á

corta distancia del punto á donde se dirigian. Los habitantes, recelosos de recibir algun daño, abandonaron sus hogares y se marcharon á los bosques. Nada se tocó de los cortos bienes que poseian, y al siguiente dia se continuó la marcha.

Una soledad imponente reinaba por todas partes. Ni un solo indio se descubria en los fértiles campos que el ejército cruzaba, y alguna que otra choza que se encontraba en el camino, se veía abandonada por sus habitantes.

Eran las diez de la mañana cuando el corto ejército llegó al pié de la poblacion de *Chiahuitzla*. Su situacion, como he dicho, era pintoresca y fuerte. Colocada entre enormes peñascos y elevadas cuevas, podia oponer una resistencia temible al que tratase de atacarla.

El abandono en que Cortés habia visto los campos en su marcha, sin encontrar un solo habitante en ellos ni en las chozas, le hizo creer que el cacique de la ciudad se proponia oponerse á su entrada.

La poblacion, en caso de hallarse sus habitantes en actitud hostil, era, dice Bernal Diaz, «mala de tomar, pues ocupaba una posicion muy fuerte».

Hernan Cortés ordenó que la artillería fuese por delante, y la subida hacía «aquella fortaleza,» como la llama el referido Bernal Diaz, se hizo con las precauciones que se toman para un asalto.

Todos avanzaban esperando recibir de un momento á otro una lluvia de flechas y de piedras. El capitán Alonso de Avila, que llevaba el cargo de una compañía, celoso de la buena formacion para el mejor éxito, le dió un bote de lanza en el brazo á un soldado llamado Alonso

Villanueva, solo porque se habia salido un poco de ella.

Los españoles llegaron en el mismo orden hasta las puertas de la ciudad, sin encontrar oposicion. La poblacion parecia abandonada, pues reinaba un silencio sepulcral y á nadie se descubria en ella. El ejército penetró en las calles con las mismas precauciones, sospechando una celada. Así caminó hasta el centro de la poblacion, que parecia desierta. De repente, al llegar á una espaciosa plaza en que se hallaban varios templos, se presentaron quince indios principales, llevando vistosas capas de algodón sobre los hombros, y ostentando en las orejas y en el labio inferior grandes anillos de oro con ricas piedras.

Al acercarse á Hernán Cortés le incensaron, como era de costumbre; le manifestaron que los vecinos, ignorando quiénes eran, habian abandonado sus casas, pero que volverian al saberlo; que el deseo de todos era servirles, que podian contar con su amistad sincera.

El jefe español les dirigió frases lisonjeras que les halagaron sobremanera, y pronto se estableció la mas perfecta armonía entre los nativos del país y los castellanos. Un amplio edificio, situado en la plaza principal, se destinó para que descansase la tropa, y abundantes provisiones de aves y de pan de maíz fueron llevadas de orden del cacique á los afamados huéspedes.

En los momentos en que el señor de la poblacion, rodeado de sus nobles, felicitaba á Cortés por su venturoso viaje, llegó á donde se encontraban el cacique de Cempoala, conducido en andas por robustos servidores, con objeto de ponerse de acuerdo con el jefe de Chiahuiztla, y romper el yugo impuesto por el emperador Moctezuma.

Cortés, los dos caciques indios, y los señores de los pueblos inmediatos, sirviendo de intérpretes Marina y Gerónimo de Aguilar, celebraron allí mismo una conferencia. En ella se volvió á pintar la insoportable tiranía en que gemian los pueblos conquistados, y el jefe español pudo persuadirse, hasta la evidencia, de los grandes recursos de que podia disponer si sabia utilizarse del descontento general.

En los momentos mas interesantes de la conferencia, cuando las quejas contra el conquistador monarca mejicano eran mas pronunciadas y manifestaban los descontentos el numeroso ejército que podian poner sobre las armas, entraron agitados en el salon algunos nobles totonacos, anunciando que cinco recaudadores de Moctezuma acababan de entrar en la ciudad. Los caciques palidecieron al escuchar aquella noticia, y dejando solo á Cortés, salieron precipitadamente de la estancia, para ir á recibir y obsequiar á los empleados del soberano de Méjico.

Todo el pueblo se conmovió con la llegada de los despóticos recaudadores, cuya arbitrariedad y tiranía se dejaban sentir terriblemente sobre los habitantes de las poblaciones que visitaban.

La altanería de aquellos orgullosos empleados de Moctezuma no tenia límites, y el aire despreciativo con que miraban á los pueblos tributarios, era extraordinariamente ofensivo.

El cacique y los nobles les dieron la bienvenida con profundo respeto, sin que alcanzasen otra cosa que un frio saludo que envolvía mas desden que afabilidad. Despues

de cruzar la mitad de la poblacion, llegaron á la plaza en que se hallaban alojados los españoles. Al entrar en ella tomaron un aspecto mas altanero, para hacer comprender á los extranjeros el respeto y consideraciones que los pueblos consagraban al emperador de Méjico, acatando á sus fieles empleados. En su altivo porte y en sus ricos vestidos, dejaban conocer que pertenecian á la nobleza de una nacion acostumbrada al mando, y á familias de las mas distinguidas de la corte de Moctezuma. Llevaban, en forma de capa, finas y labradas mantas de algodón con preciosos adornos; vistosas fajas de la misma tela, primorosamente tejidas, que velaban honestamente sus pudencias; graciosas sandalias de cuero de venado, llamadas *guaraches*; atado con una cinta el terso, negro y lustroso cabello, sobre la coronilla de la cabeza; en la mano derecha un bastón con una figurita en el puño, que era la insignia distintiva de su empleo; y en la izquierda un ramito de flores que los nobles de la ciudad, como era costumbre, les habian dado en señal de respeto, al salirles á recibir. Iban seguidos estos cinco ostentosos empleados, de gran número de servidores que formaban su comitiva; unos llevando ricos abanicos con que hacian aire á sus orgullosos señores, y otros bellos plumeros para impedir que las moscas ó cualquier otro insecto les molestase en lo mas mínimo. Al crecido número de esclavos que llevaban, se agregaba un lucido acompañamiento de las personas mas notables de los pueblos totonacos que allí se encontraban.

Al pasar por enfrente del edificio en que estaban los españoles, arrojaron una mirada altiva sobre éstos, y sin dignarse saludar á Hernán Cortés ni á sus oficiales, que

se hallaban en la puerta, siguieron adelante con orgulloso continente, manifestando una arrogancia despreciativa.

Conducidos con grande acatamiento á las lujosas habitaciones que les tenian destinadas en otro amplio edificio de la espaciosa plaza, se les dió un gran banquete, en que abundó el precioso licor hecho de cacao, que era la bebida mas exquisita que en el país se acostumbraba tomar.

Piden los recaudadores de Moctezuma veinte personas de ambos sexos á los totonacos para el sacrificio. Terminada la comida, ordenaron que parecieran inmediatamente ante ellos, el cacique de *Cempoala*, el de la ciudad, y todas las personas principales. La orden fué obedecida, y todos se presentaron temblando de temor. Al verles, tomando la palabra el que hacia cabeza entre los recaudadores, les reprendió severamente por haber tenido el atrevimiento de recibir á los extranjeros sin permiso del emperador, y exigió que le entregasen veinte personas de ambos sexos para sacrificarlas á las deidades, y reparar con su sangre la ofensa hecha á sus dioses. La poblacion entera se aterró con aquella noticia, y muy especialmente los caciques y nobles que se juzgaban mas culpables.

Cortés, que ignoraba el motivo que los caciques habian tenido para cortar de repente la conferencia con él y salir á obsequiar á los cinco personajes que, llenos de presuncion, habian pasado por enfrente de los españoles sin saludarles, preguntó á Marina que le explicase lo que pasaba. La jóven india refirió entonces, que los cinco personajes recién llegados á la ciudad, pertenecian á la nobleza azteca y estaban autorizados por Moctezuma para cobrar el tributo.

Cortés hace que los caciques reduzcan á prision á los recaudadores de Moctezuma. Cuando los caciques salieron de la habitacion de los empleados aztecas, se dirigieron, con el terror pintado en sus semblantes, al alojamiento de Hernan Cortés. El jefe español, al notar su espanto, les preguntó la causa que tenían para él. Los caciques entonces, con dolorido acento, confirmaron lo que Marina le habia referido, y añadieron que, por haberle recibido sin permiso del emperador, se les exigia la entrega de veinte personas de ambos sexos, para sacrificarlas como víctimas expiatorias de la falta cometida. Cortés se manifestó altamente indignado: les repitió que nada temiesen; que habia sido enviado por su monarca para salvar á los pueblos de la opresion y de la esclavitud; que estaba resuelto á cumplir con su deber; y que en vez de aconsejarles que entregasen las veinte inocentes víctimas, les mandaba que se apoderasen inmediatamente de los cinco colectores aztecas y los redujesen á prision.

Son reducidos á prision los recaudadores y Cortés los salva. Los caciques, acostumbrados á respetar y casi á venerar á los aztecas que desempeñaban algun elevado cargo, se manifestaron temerosos de dar el paso que Cortés les pedia; pero alentados, al fin, con la promesa que el jefe español les hizo de que él les defenderia de los ejércitos de Moctezuma, se resolvieron á ejecutar la orden. Pronto se vió ésta cumplida. Los totonacos, pasando del abatimiento á la audacia, como acontece siempre con los tímidos cuando se ven apoyados por el poderoso, se arrojaron sobre los recaudadores mejicanos, les ataron de piés y manos, les pusieron un collar al pescuezo, llevando su osadía

hasta apalear á uno de ellos que hizo resistencia, y les colocaron en unas jaulas de madera, que dejaron perfectamente custodiadas.

Dado el primer paso, y juzgando roto ya el yugo de los mejicanos, los caciques celebraron una junta en que resolvieron sacrificar en aquella noche á los cinco recaudadores, para manifestar á sus dioses la gratitud por haberles sacado de la tiranía de Moctezuma. Así aquellos nobles aztecas, que pocas horas antes habian entrado llenos de inmoderado orgullo en la ciudad, humillando á sus habitantes y despreciando á los españoles, se encontraban reducidos á la situacion mas triste, condenados al horrible sacrificio por los mismos que acababan de obsequiarles como siervos.

Al llegar á oidos de Hernan Cortés la terrible disposicion, llamó á los caciques, y consiguió que desistiesen de su resolucion, logrando al mismo tiempo que los presos quedasen custodiados por los españoles. Logrado su objeto de ver dispuesta á la lucha á la nacion totonaca contra la azteca, trató de atraerse la gratitud de Moctezuma observando una conducta generosa con sus presos servidores.

A media noche, cuando la poblacion entera se entregaba al reposo, mandó Cortés que pusiesen en libertad á dos de los nobles aztecas y que los llevasen á su habitacion sin que lo advirtiesen los totonacos, á quienes al dia siguiente se les haria creer que se habian fugado. Llegados á su presencia, les expresó su sentimiento por la prision que habian sufrido de parte de los habitantes de la poblacion; que sabiendo que tenian resuelto sacrificarles, habia